

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

¿ACTA SUCIA?

—El gobernador, ¿está en casa?

—¡Sí señor! y me ha encargado introducir á V. E. cuanto antes.

Así habló el portero de las habitaciones del gobernador civil de la provincia que Vds. gusten, á un monstruoso elefante que, envuelto en un rico gaban forrado de pieles y dando unos resuellos que aturdían, avanzaba hasta el despacho de la autoridad civil con un aire de iracundo desdén que no revelaba en él ni al pretendiente pipiolo ni al delincuente medroso. Abrió sin llamar la mampara roja y dejóse caer en un rico diván que S. E. tenía al lado de su poltrona.

—¿Que áspid te ha mordido, Pedro?— exclamó el gobernador, mirándole atortolado.

—¡He venido para decirte que eres un mamarracho!—murmuró el paquidermo apretando los puños, limpiándose el sudor de la frente y revolviéndose en su asiento.

—Pero sepamos; ¿qué ocurre, chico! Te he mandado á llamar cabalmente para decirte que puedes contar con el acta...

—¡Sí, al asno muerto la cebada al rabol! ¿Piensas jugar conmigo? ¿Crees tú que estoy en el limbo de pupilo? Lo sé todo, Román. ¡todo, todo!, y te afirmo que voy á armar la escandalosa. ¡Me separaré del partido, publicaré un folleto, declararé que el ministro...!

—Pero cabalmente es el ministro quien me telegrafió anoche diciéndome que tú debes comerme el higüel...—dijo el gobernador calmándole, ó intentándolo á lo menos.

—¡Qué ministro ni que niño muerto! He oído bien el rastro. Bermúdez, ayer, en el Circulo, me enseñó carta del presidente del Consejo en que le promete la torta, ¿estamos? Los alcaldes tienen orden recibida para que saquen su candidatura á flote; los más adictos me han desengañado buenamente, y el mismo Bermúdez promete y reparte destinos como pan bendito, y eso que aún faltan dos meses para las elecciones. En la reunión previa celebrada aquí mismo acordamos que Bermúdez no se presentaría; que se daría por satisfecho con la presidencia de la Comisión provincial, y ahora me lo encuentro todo perdido, y á ti en Babia, ó en peor sitio quizá!

—¿Es posible creer que el presidente del Consejo y el ministro anden en desacuerdo?

—Así parece. Pero les costará la torta un pan. ¿Se figuran que es cosa de fantoches dar codillo al mayor contribuyente de la provincia, que les ha representado en cortes ocho veces, á un liberal consecuente que de nadie, ¿lo entiendes?, de nadie absolutamente necesita?

—¡Cachaza, Pedro, cachaza! Por fuerza ha de haber aquí algún error que procuraré desvanecer cuanto antes. Bermúdez es excelente amigo y por nada de este mundo habrá sido capaz de cometer alguna

incorrección—insinuó el gobernador, metiendo la punta del anzuelo en las fauces del cetáceo.

—¿Intentas acaso hacerme comulgar con ruedas de molino? ¿Quieres que te aplaste de una vez? ¡Varios alcaldes me han mostrado cartas tuyas en que les mandabas trabajar por cuenta de Bermúdez! ¡Chúpate esa!

—¡Falso!—gritó S. E. con un aplomo y un tupé maravilloso.

—¡El falso eres tú, que me lo debes todo y me acoceas en la frente desde el pesebre en que te puse, creyéndote suave de boca y no de condición cerrera!—respondió el gran prohombre, usando un lenguaje gráficamente caballeresco.

—Pero ¿eres tan bobo que piensas que se puede resistir á la última determinación que haya tomado el presidente del consejo?—dijo S. E., confesando casi de plano y negando lo que al principio del coloquio había afirmado.

—Lo que pienso es que ya habéis jugado conmigo lo suficiente. ¡Se me deben servicios y se me dan en recompensa mojicones! ¡Pero os advierto que os acordaréis del timo!

—¡Sosiégate, Pedro! ¡Tus genialidades te han de perder! Considera que un jefe de partido de una provincia necesita á veces sangre de limonada y no hiel de basilisco...

—¡Bueno hallarás al bicho! Y mal que te pese, sepas que echaré los míos á las urnas; que habrá sangre si es preciso, ¿oyes?...

—¡No habrá altercado alguno mientras yo esté al frente de este gobierno!—respondió en tono amenazador S. E., para tentar si el otro aflojaba.

—¿Es que te pondré antes de patitas en la calle! Y relataré en el periódico *mío* tus irregularidades y chanchullos. Saldrán las diez mil pesetas mensuales que cobras del propietario de la ruleta. Los picos, de oro por cierto, que te produce la connivencia con el contratista de las obras de la *Cárcel modelo*; lo que sacas del convenio con el abastecedor del presidio, que da á los penados rancho podrido para hacerse de oro con tu permiso. Las trampas y asquerosos crímenes que la *higüene* tapa administrada por ti, los fondos de calamidades públicas y policía secreta que...

—¡Dale con la manía!—respondió el gobernador.—y tú, ¿eres acaso un corderito manso sin motica de imperfección? ¿Quieres que revuelva la cenagosa charca de tu ferrocarril de...?

—Me adviertes á tiempo, ¡canastos! ¡No escarbemos!—dijo el iracundo cacique, dando un salto y golpeándose la rodilla con su manaza de cómitre de galera.

—Hoy almuerzas aquí; después nos pondremos al habla con el presidente del Consejo y con el ministro, y veremos de llegar á un arreglo, pero pacífico, ¿me entiendes?, pacífico totalmente.

—¡Bien! ¡Bien! Veremos...; pero... ¡hum!

las cartas de los alcaldes firmadas por ti, ¿quién me las hace olvidar?

—Nos explicaremos, Pedro! Calma; no todo son embelecocos aunque lo parezcan.

—¡Psé! ¡Maldita política! ¿Y aún habrá quién me envidie?

S. E. tocó un timbre y dió orden al portero para que el coche de D. Pedro, que aguardaba en la calle, no volviése por él, puesto que el gobernador pensaba salir por la tarde y mostrarse en público con el amigote que tan claras se las había espetado. Por lo tanto, telefoneó á la caballeriza que el coche de S. E. estuviese preparado para las cuatro. Tuvo además la atención de que el mismísimo D. Pedro dispusiera también por el teléfono el menú del almuerzo que á S. E. solía servir diariamente el Hotel de Londres.

La tempestad parecía conjurada por de pronto.

Pero ¿qué había de cierto en aquel llo? Lo común y ordinario, es á saber: que los portasartenas de Madrid se habían visto forzados por un lado á prometer el acta á Bermúdez y por otro á *Perico de los palotes* que tan lindamente bapuleaba á los gobernadorcillos. Lo chocante de la situación era que entrambos candidatos eran adictos y reahacios como erizos á toda amistosa componenda.

Dióse largas al negocio, y resultó verdad todo lo que D. Pedro había despotricado ante S. E. Este pasaba alternativamente la mano por el lomo de uno y otro, según era su deber. Entre conferencias, almuerzos y varapalos, llegó la época de las elecciones y no bastó la draconiana autoridad de la gente del candelero para apaciguar á los dos nenes. ¡Y los dos eran candidatos del gobierno! A veces el ministro ofrecía el acta á D. Pedro, y el presidente brindaba también á Bermúdez con ella, hasta que el primero perdió los estribos, y en periódicos y folletos puso al gobernador como no digan dueñas, derramó el oro y la caña para sacar triunfante su candidatura, y sólo su atrabiliaria actitud fué parte para que la autoridad militar pusiera las tropas sobre las armas el día de las elecciones.

Ya las cosas en tal punto y sazón, y ganoso el gobernador de contentar á los de arriba, que le encargaron dejase que uno y otro se despedazaran para no malquistarse el gobierno con ninguno, manipuló unas elecciones que completamente reflejarían la opinión del país. Así lo hizo constar en un diario ministerial, para azuzar más y más á D. Pedro contra Bermúdez y para no perder por ende la amistad de entrambos.

Y ¿cuál fué el resultado de tanta maraña? Ridículo absolutamente por no decir repugnante y lamentable. D. Pedro no se anunciaba ya como adicto y contando con los que lo eran de veras á su persona, trabajó hasta la desesperación. No le iba en zaga Bermúdez en actividad y mango,

neos, de tal suerte, que se armó la gorda en varios colegios electorales.

Menudearon el garrotazo limpio, la resurrección de difuntos y bilocación de electores, así como las raspaduras y hasta la traslación de edificios que, sin los aparatos que para ello se usan en los Estados Unidos, hubieron el privilegio de cambiar de calle sin que nadie los moviera. Los alcaldes trabajaron con endiablada abnegación en pro de uno y otro candidato, según que esperaban más ó menos de aquel á quien habían consagrado su vara... y su pucheró.

Dióse el escándalo de que al arrojar un alcalde por el balcón la urna de cristal, abriese con ella la cabeza de su hijo que casualmente transitaba por la calle. De un navajazo abrieron el abdomen de un interventor de mesa demasiado escrupuloso, rompieron una pierna á un notario que iba á extender una protesta en nombre de uno de los dos contrincantes, á otro ministro de la fe pública encerraron violentamente en un corral por espacio de un día, y llegó á ser tan mayúsculo el alboroto, que los dos competidores dieron el triunfo, sin intentarlo, á un pobre diablo candidato de oposición, que ni por pienso soñaba con aquella fortuna.

Se explica el lance. Entre las olas de sangre y cieno que los otros dos levantaron, iba el gobierno á no ganar nada y á hallarse en un brete sin resolver el compromiso, así es que se telegrafió al gobernador que diese el acta al tercero en discordia que apenas se llamaba Pedro, y que fué al Congreso con el acta limpia, en la cual constaba habían votado en su favor cuatro mil ciudadanos.

Y á él le era notorio que sólo habían sido quince! ¡Ventajas del sufragio universal! Y todavía hay pueblos que las ensalzan y ambicionan!

A. M., S. J.

POR LA PATRIA

¡Señor! ¡Mi patria llora!
La apartaron ¡oh Dios! de tus caminos
Y ciega hacia el abismo corre ahora
La del mundo de ayer reina y señora
De gloriosos destinos.

Hijos desatentados
Que ya la vieron sin poder, vencida,
La arrastran por atajos ignorados...
¡Señor, que va perdida!
¡Que no lleva en su pecho la encendida
Luz de tu fe, que alumbre su carrera!
¡Que no lleva el apoyo de tu mano!
¡Que no lleva la cruz en la bandera,
Ni en los labios tu nombre soberano!

¡Señor! ¡Mi patria llora!
Y quién no llorará como ella ahora,
Tremendas desventuras,
Si fuera de tus vías
Sólo hay horribles soledades frías,
Lágrimas y negruras?
¿Quién que de Ti se aleje
Camina en derechura á la grandeza?
¿Ni quién que á Ti te deje
Su brazo puede armar de fortaleza?

(J. M. Gabriel y Galán)

D. RAMÓN NOCEDAL

El esforzado paladin católico, el incomparable polemista, el periódista insigne, el hombre que con su saber y su argumentar aplastante en el foro, en el mitin, en el Parlamento, en el periódico supo tener en jaque á los enemigos de la verdad y de la justicia, conquistándose la admiración por largos años de cuantos le oían ¡ya no existió! Dios le ha llamado á Sí. La muerte de este grande hombre, de este batallador de primera fila por la causa de Dios y de su Iglesia que es la causa del bien de la humanidad, ha sido edificante, conservando la lucidez hasta los últimos momentos. He aquí sus postreras palabras; después de pedir humildemente perdón á todos los que hubiese ofendido con sus dichos ó con sus hechos: *«Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo»*.

Sus mismos adversarios no han podido menos de reconocer las hermosas cualidades que adornaban al finado.

Y nosotros que como él, aunque en más humilde esfera y sin poseer ni remotamente las condiciones suyas, luchamos por Dios y por la Patria ¿no hemos de sentir con el alma su ausencia?

Católicos todos españoles, con la muerte del gran campeón católico, del excelente tribuno hemos perdido una poderosísima ayuda que si necesaria no era para el triunfo de la Iglesia de Cristo porque ésta es inmortal como su Divino Fundador, era consuelo y estímulo de nuestros anhelos. No le olvidemos en nuestras oraciones.

Y vosotros, obreros, los que tenéis la inmensa desgracia de no creer por que no conocéis los fundamentos y excelencias de la Religión Católica, tened muy presente que con la muerte de D. Ramón Nocedal habéis perdido al hombre que no cesó de luchar por vuestra regeneración verdad.

DOS FECHAS

Corría el año 1830, y en un coche-diligencia que de Marsella iba á París viajaban un sacerdote, un joven oficial y un anciano de barba blanca. El sacerdote rezaba en el Breviario, el joven tarareaba un aria, el viejo estaba recogido y meditabundo.

Cansado ya de cantar, el oficial empezó á mortificar al pobre cura con sarcasmos de poca educación y ninguna lógica sobre la oración, la Virgen y otras cosas, sólo por meter ruido y fastidiar como los mosquitos.

El pobre Cura al principio respondió con calma á su importuno com-

pañero de viaje; mas conociendo que la palabra podía tomar un giro alarmente, en que se rompería fácilmente el freno de la caridad y de la humildad, probó de cortar la tentación, diciendo:

—Ruego á usted me deje continuar mi rezo.

El joven oficial empieza entonces á entonar una canción saturada de impiedades y de inmoralidad; y no contento con esto vuelve á la carga contra el cura, y esta vez con tal villanía que el otro viejo se consideró ofen y ledido dijo que cesase de deshonrar la gloriosa insignia que llevaba.

El joven, burlándose del anciano, le dijo:

—Caro abuelito, si no fuese usted tan viejo le pediría su dirección.

Entonces el viejo, sin perder su dignidad, le dió su nombre. El joven toma la tarjeta y lee: *Mariscal Soult*. Su rostro toma mil colores, se queda perplejo y se excusa resueltamente con el Mariscal y el Cura, que le conceden el perdón.

El joven oficial nunca olvidó las palabras con que el Mariscal Soult le alargó la mano al recibir sus excusas:

—En mi larga carrera, que no ha estado exenta de gloria, jamás me he arrepentido de haber respetado, protegido y defendido al sacerdote á la mujer y á los viejos.

Diez y ocho años más tarde, en las tristes jornadas de 1848, en el arrabal de San Antonio, caían gloriosamente dos víctimas: el general Duviol y el Rmo. Affre, arzobispo de París, ó sean el antiguo oficial y el cura de la diligencia de 1830; el uno mártir del deber, el otro de la caridad.

¡A CUANTOS PODRIA

DECIRSE LO MISMO!

Cierto día un sargento reprendía á un pobre recluta porque no tenía muy limpio el uniforme. Después de haberle injuriado groseramente, el sargento le pregunto;

—Pero ¿qué haces tú cuando te levantas de la cama?

Y el recluta, con encantadora ingenuidad respondió:

—Hago la señal de la cruz.

Todos sus compañeros se echaron á reir lo cual visto por un oficial que pasaba cerca le obligó á detenerse y á decir:

—Lo que éste ha dicho no es una tontería: lo que él hace al levantarse de la cama lo hago yo también y lo haceis, seguramente, muchos de vosotros; pero no tenéis el valor que él ha tenido para proclamarlo con nobleza, arrostrando vuestras burlas impertinentes.

EL SOLDADO

¿De dónde nace el interés de las narraciones militares y el respeto y veneración de los pueblos hacia el soldado? Pobre, es verdadero defensor de la riqueza; falto de ilustración, es el guardián de la ciencia, y sin más conocimiento que unas páginas del Catecismo, es en ocasiones determinado protector de la Iglesia. Oculto ayer en la solitaria aldea, confundido en el taller como operario sin nombre, al aparecer ante nosotros con las libreas del soldado, los pueblos ven en él una esperanza legítima para cuando lleguen horas tristes, y aún antes de hacer una marcha ni luchar con los enemigos de la Patria, todos saludan y bendicen con entusiasmo al que ha de defender con heroísmo sus más sagrados intereses y dar su vida por la integridad y la honra nacional. Después de la personalidad del sacerdote, dispuesto siempre á mezclar su sangre con la sangre divina de la víctima que inmola todos los días en el Altar, ninguna figura más grande á los ojos de Dios, ni más noble é interesante para los hombres, que la persona del soldado que sacrifica la vida por su país. De ahí arranca esta semejanza misteriosa y admirable afinidad que existe entre los seres, tan diferentes en carácter y en funciones como lo son el sacerdote y el soldado. Escogidos uno y otro entre la juventud de la Patria, ninguno de los dos se pertenece á sí mismo ni á su familia, y la gloria de entrambos está en el cumplimiento de su deber hasta el sacrificio. Vela el soldado por el honor y la independencia de la sociedad civil; el sacerdote defiende la sociedad religiosa de los ataques del error y de las pasiones. Este, como buen pastor, da gusto a la vida por sus ovejas; el otro, como fiel y generoso, se sacrifica con amor por sus hermanos. ¿Qué sería de Europa, y del mundo, en esta época de pesimismo desesperante, en la que nada queda en pie, ni creencias, ni entusiasmos, ni ideales, si desaparecieran en hora aciaga el sacerdote de la Patria y el soldado de la Religión...? — Jaime Cardona, Obispo de Sión.

LAS CUATRO FASES

DEL SOCIALISMO

El *Uex*, periódico humorístico de Berlín, ha publicado cuatro dibujos que demuestran las transformaciones del socialismo alemán.

El primer dibujo representa un «compañero» mal vestido que amenaza con los puños á la clase media.

En el segundo dibujo este mismo «compañero» va mejor trajeado y tiene en las manos las obras de Hegel y de Marx.

En el tercer dibujo va el compañero muy bien vestido, de levita, y disfruta de un sueldo de 7.000 pesetas anuales.

Y el cuarto dibujo representa al compañero en traje de etiqueta, de frac y corbata blanca, llevando en la mano una invitación á un baile de palacio.

Semejante á la historia descrita por el periódico *Uex*, es la del socialismo de todos los países; y seguramente que no han de faltar en las demás naciones, revistas que palmarmente demuestran la ridiculez de los principios defendidos y propagados por el socialismo. Porque no deja de llamar poderosamente la atención el hecho de que sus jefes, procediendo, como proceden en la mayoría de los casos, de las humildes clases sociales, por «amor á la humanidad y por sacrificarse por ella», vayan adquiriendo medios de fortuna, que les permiten, al poco tiempo, abandonar sus primitivas ocupaciones, y después... pasar las amarguras de esta vida acompañados de cuantas comodidades puede desear el gusto más refinado de los potentados de la tierra.

Por supuesto, que la culpa la tienen los cándidos obreros que depositando sus exiguas economías, fruto de no pocas privaciones, en las cajas de resistencia contribuyen al sostenimiento de esos vividores.

DECÍA NAPOLEÓN

Fontanes, formadme hombres que crean en Dios. ¡A los hombres que no creen en Dios no se les puede gobernar, y no queda más recurso que ametrillarles!

UNA ÉMULA DE COUVIER

Es tan tierna como ingeniosa la siguiente ocurrencia, que no la dan como histórica las revistas alemanas.

Cuando el Emperador de Alemania fué á visitar una parte lejana de sus dominios, los alumnos de la escuela elemental le dieron la bienvenida.

Después que un orador hubo discurrecido en representación de ellos, el Emperador le dió las gracias: entonces, tomando una naranja en las manos, les preguntó:

—¿A qué reino pertenece esto?

—Al reino vegetal, señor—dijo una niña.

El Emperador sacó entonces una moneda de oro de su bolsillo, y enseñándosela la dijo:

—¿Y á qué reino pertenece la moneda?

—Al reino mineral, señor—contestó la niña.

—¿Y á qué reino pertenezco yo?—preguntó el Emperador.

La niña se ruborizó porque no quería decir que al reino animal, temiendo que quedase resentido Su Majestad, cuando se le vino una idea verdaderamente cristiana y al mismo tiempo ingeniosa, y le dijo con ojos relucientes:

—Al reino de Dios, señor.

El Emperador quedó conmovido. Se vió asomar una lágrima á sus ojos; puso una de sus manos sobre la cabeza de la niña y dijo solemnemente:

—¡Ojalá sea yo digno de aquel reino!

PENSAMIENTO

DE CLAVARANA

No viene la primavera sino después de los horrores del invierno. No sale un hombre á la vida sino después de los dolores de una madre. No produce la tierra buenos frutos sino ha sido regada con sudor. No se educa al niño sino corrigiéndole. No se perfecciona el árbol sino podándole. ¿Y preguntáis aún de qué sirve el sacrificio?

La incredulidad moderna quiere eliminarlo del mundo inventando una religión sin Cruz.

¡Desdicha ciega!

EL RESPETO HUMANO

En un hospital militar, un joven zuavo iba á morir. Se le había excitado repetidamente á recibir los Sacramentos, y él había respondido siempre:

—No, todavía no... veremos más tarde! Instado de nuevo, dijo al fin:

—Ah! si, yo lo haría con gusto... pero no, es imposible... no me habléis de esto.

—¿Qué es pues lo que os detiene?—le preguntó el Sacerdote.

—Os repito que es imposible!... La razón, mirad, son esos!...—y á la vez señalaba los soldados enfermos de su sala.

—¿Y cómo pueden impediros que recibais los sacramentos?

—Ah! no os lo podéis imaginar... si supierais cómo se burlarían de mí!...

El sacerdote se aproximó al grupo.

—¿Hacéis miedo á mi enfermo?—les dijo.

—Cómo es eso, señor Cura?

—Cree que os burlaréis de él, si se confiesa.

—Ah! de veras?...

Y aproximándose al moribundo:

—¿Por quién nos tomas tú?—exclamaron,—nosotros podremos bromear sobre la confesión, pero no somos paganos. Al contrario, precisamente, mira, hace dos días nos preguntábamos si ibas á morir como un perro ó como un cristiano...

Estas palabras desvanecieron los temores del enfermo. El joven suave recibió ejemplarmente los últimos Sacramentos y sus camaradas acompañaron con velas y rezaron por él.

Una hora más tarde el alma del joven suave, que había estado á punto de perderse por el respeto humano, se hallaba delante de Dios.

EMBLEMA DE HONOR

Al emprender su marcha el tren, unas señoras hicieron la señal de la cruz; acto que fué acogido con desdenosa sonrisa por un militar. Una de ellas le interpeló resueltamente:

—¿Hace usted el favor de decirme qué condecoración es la que usted lleva?

—La cruz de San. Fernando, respondió el interpelado.

—¡Oh, caballero! repuso la dama—¿cuánto le envidio á usted! Yo sólo de tiempo en tiempo puedo hacer la señal de la cruz; pero usted lleva incesantemente sobre su corazón ese emblema del honor. La profesión de fe que hace usted es más pública y extensa.

No se atrevió á replicar el chasqueado burlón.

EL MARISCAL NIEL

AYUDANDO Á MISA

En los últimos años del Imperio, el Mariscal Niel adquirió una casa de campo en Anfréry, cerca de Toulouse, donde hacía celebrar la Misa todos los domingos y días festivos. Uno de ellos en que no se hallaba presente la persona que solía ayudarla, dijo el Mariscal al sacerdote que debía celebrar:

—Aunque ya hace muchos años que no ejerzo las funciones de monaguillo, si me lo permitís, trataré de recordarlas ayudando esta Misa.

—Con mucho gusto—replicó el joven sacerdote, el cual, terminada la ceremonia, dijo al anciano Mariscal:

—He tenido una gran satisfacción al ver que un exministro de la Guerra y Mariscal de Francia haya sabido, á sus años, ayudar á Misa tan bien como supo en otros tiempos organizar el primer Ejército del mundo y ganar magníficas batallas.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Casimiro Perier.—Acaba de abandonar el mundo de la farsa para entrar en el de la realidad, el que fué presidente de la república francesa, Mr. Camilo Perier. Murió en el seno de la Iglesia Católica, habiendo recibido los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales.

Por expresa voluntad del finado y con gran contento de la familia, renunció á las falsas pompas de que querían rodear sus despojos los hombres que le pusieron en el terrible trance de perder su alma para siempre.

¡Loado sea Dios! Una vez más usó de misericordia con sus enemigos, llamando á última hora á uno de ellos, á la comunión de su gracia.

Y ahora mediten aquellos á quienes más especialmente les interesa, á qué vienen á quedar reducidas, en presencia de la muerte, todas las alharacas de impiedad con que algunos hombres, en estado de sanidad, traen trastornado el poco caletre de los espíritus fuertes.

¡Ahí tienen un buen espejo en que mirarse!

Dios vive aún.—En un célebre diálogo sostenido en el palacio de Fontainebleau, entre el Papa Pío VII y Napoleón I, interrumpió el Pontífice al Emperador, que blasfemaba, con las siguientes palabras:

—Callaos, señor, que *Dios vive aún*, y os destruirá cuando se colme la medida.

Doce años después, el Aguila vencida abatía sus alas sobre la roca de Santa Elena.

—¿Te acuerdas preguntaba un día Napoleón á un joven paje que había sido testigo de la terrible escena de Fontainebleau—te acuerdas de la amenazadora predicación de Pío VII?

—Sí, señor; *Dios vive aún*—dijo—y os destruirá cuando se colme la medida.

—El Papa resultó profeta, pero mi centro no ha sido roto por los hombres, sino por Dios mismo—replicó el coloso con amargo y triste acento.

Castigo de Dios.—Un periódico francés publicó, esta noticia:

«Los electores sectarios del Havre se propusieron elegir al sectario Desgenétais en contra de su primo el Barón Pierrad, católico y logrado el triunfo, celebraron una procesión burlesca, en la que uno llevaba una Cruz, otro salmodiaba el Oficio de difuntos y otros conducían un ataúd. Todos celebraron una parodia del Oficio de difuntos delante de la casa del vencido Pierrad.»

Al día siguiente murió de congestión cerebral el que llevaba la Cruz. Y va uno. Tres días después, el que hizo el féretro. Y van dos. Al terminar la semana, los dos falsos sepultureros. Y van cuatro. Y quince días después, el diputado Desgenétais. Y van cinco.

En la elección siguiente fué elegido el Barón Pierrad.

Téngase en cuenta.—Comentando un elevado personaje eclesiástico de la Curia romana la terrible catástrofe de la explosión del acorazado «Jena» decía:

—Cuarenta millones de francos al fondo del mar!... Era exactamente la cifra del presupuesto del culto de Francia al año.

BIBLIOGRAFIA

»LA PAZ SOCIAL»

Hemos recibido el primer número de esta importante publicación.

Un solo número do es bastante para formar juicio completo de la revista. Pero si se puede afirmar que su primer número causa una impresión agradable y que es capaz de interesar aun á los más profanos en cuestiones sociales. El programa pros-

pecto que abre el texto en una página sentida en buen vibrar fervores de proselitismo simpático, y se apuntan ideas que revelan un criterio periodístico profundo y acertado. Sigue un artículo muy elocuente del insigne Obispo de Jaca sobre *El periodismo y la cuestión social*. Mr. Louis Durand—el conocido fundador y propagandista de las Cajas de su nombre—suscribe otro, titulado *Tradicionalistas é innovadores*. El abate, Alfonso Luga, colaborador de *L. Univers*, y de *La Quinzaine*, publica un interesante y muy sustancioso artículo con el título *¿Contiene el Evangelio una doctrina social?* Un hermoso cuento de J. Le Brun, y un artículo de redacción con el título de *Rumores del camino* vienen á aumentar el interés y el atractivo de estas lecturas.

En la «Crónica» se publican trabajos de información directa, que son como ecos palpitantes que nos documentan fidedignamente acerca del movimiento católico social; así se ve sobre todo en las crónicas de las Diócesis de Pamplona, Palencia y Zaragoza firmadas por Antonino Yoldi. Anacleto Orejón é Inocencio Jimenez.

La sección de «Consultas» da fe de vida del «Secretariado de LA PAZ SOCIAL» que funciona con arreglo á las siguientes bases:

1. Indicar libros y revistas para los que estudian las cuestiones sociales.
2. Asesorar en la Redacción de Reglamentos de obras sociales.
3. Ayudar á la resolución de las dudas y obstáculos que surgen con frecuencia en la acción social.

En las «Informaciones» el Director de la Revista, Severino Aznar, inicia una investigación acerca de las trabas legales y administrativas que entorpecen la propagación de los sindicatos agrícolas. En el número siguiente dará su opinión sobre este mismo tema uno de nuestros católicos sociales más prácticos, el abogado zamorano D. Luis Chaves Arias.

Este primer número de la nueva revista inaugura su galería de maestros del Catolicismo social con la figura de León XIII, cuya psicología delinea D. Salvador Mingujón.

En los «Documentos sociales» se incluye la Pastoral del Exmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, en la cual este Prelado ha dado á su seminario una organización de la enseñanza social, la más original y completa de las que conocemos.

La sección de «Revista de Libros y de Revistas sociales» aunque reducida en este primer número por exceso de original, está muy bien entendida, y como las demás, es verdaderamente oportuna.

«La Paz Social» está recomendada por muchos Prelados españoles; y cuenta entre sus colaboradores á muchas celebridades nacionales y extranjeras.

La suscripción cuesta cuatro pesetas al año. Para cuanto se refiera á la Dirección de la revista se debe escribir á D. Severino Aznar, Apodaca, 5, Madrid. Y para lo referente á la administración, al Gerente D. José Latre, Imprenta de Salas, Zaragoza.

«El Amigo del Pobre»

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)..	3 » al »	
80 » (40 » »)..	2 » al »	
40 » (2 » »)..	1 » al »	
20 » (1 » »)..	0'50 al »	

Incluidos gastos de correos sin certificar.